

¿QUÉ ES UN PSICOLOGO?

Marcos Victoria

A fines de los años '50 y a principios de los '60 se instaló en nuestro país una disputa entre el campo médico psiquiátrico y las recién creadas carreras de psicología por el ejercicio de la psicoterapia. Al no estar reglamentada la profesión del psicólogo, la formación clínica (y en particular la psicoanalítica) que se impartía a los estudiantes amenazaba con poner en peligro la exclusividad del ejercicio de la psicoterapia por parte de los médicos. Se generó así una polémica que tuvo distintos ribetes en cada ciudad, produciendo divisiones y realineamientos dentro del mismo campo psiquiátrico, toda vez que muchos de los profesores de las carreras de psicología eran médicos, y algunos incluso (como era el caso de Bleger) pensaban que los psicólogos debían estar autorizados para "curar por medios verbales". Marcos Victoria, por el contrario, pese a haber sido el primer director (y uno de los artífices) de la creación de la Carrera de Psicología de la UBA, era un acérrimo enemigo de la "intromisión" de los psicólogos en el campo de la enfermedad. En este caso, en 1960, trataba de incidir por medio de su columna semanal en el diario La Razón, en un debate que se había generado en la ciudad de La Plata en 1959, cuando la Facultad de ciencias Médicas solicitó al Consejo Superior de la UNLP que suprimiera "la rama clínica del ciclo superior de la carrera de psicología", por considerar que la práctica de la psicología clínica implicaba un "ejercicio ilegal de la medicina". Para 1965, cuando Marcos Victoria publicó su libro (en el que reproducía sus viejos artículos), los debates sobre este tema ya estaban prácticamente clausurados. Si bien se había alcanzado en los hechos un cierto consenso sobre las incumbencias del psicólogo en el área clínica, de derecho, la reglamentación de la profesión aún debería esperar dos décadas.

Hace algunos años, en un libro clásico, un destacado psicólogo norteamericano, Klineberg, declaraba que la psicología podía ofrecer mucho más de lo que ordinariamente se cree. Y agregaba: "La dificultad no reside tanto en una falta de realización cuanto en una falta de aceptación general o de reconocimiento de sus realizaciones". "Los psicólogos (terminaba) han construido una buena casa, pero no han sido capaces de venderla... y, en cierto sentido, no lo han intentado nunca".

Pero la dificultad que Klineberg no menciona comenzó realmente fuera de la Psicología científica y de los círculos científicos; se originó con los charlatanes pseudo-científicos, con los monederos falsos de la Psicología. Una muchedumbre de propietarios apresurados de un predio rápidamente valorizado ha echado arena sobre los ojos del público, ha mezclado los conocimientos válidos con las interpretaciones arbitrarias y ahora la gente no distingue bien entre psicólogos capaces y astrólogos, quiro-videntes, hipnotizadores, grafólogos, diagnosticadores de vocaciones, médicos sin clientela, psicoanalistas preocupados por tenerla o, simplemente, aficionados con cierta facilidad de redacción. El daño mayor pertenece, por supuesto, a los

FOTOCOPIADORA	
C.E.Psi	
39) Corrientes Actuales	
Folio	S/F -
48	D/F 3

repetidores sin ninguna cultura médico biológica y a los estudiantes universitarios con lecturas sumarias y mucho desparpajo.

El primer trabajo que hay que emprender es proporcionar al vasto público interesado conocimientos precisos y básicos. Con ello, aparecerá una visión exacta de lo que debe ser el psicólogo en el momento presente. Una vez realizada esta tarea de limpieza, ocurrirá con el falso psicólogo lo mismo que pasa con el curandero cuando enfrenta en las sociedades civilizadas al médico diplomado. Ninguna comparación resultará viable. El psicólogo deja de ser un ser mágico, un adivinador del porvenir, para convertirse en un intermediario obligado entre las verdades científicas inobjetables y la inmensa masa de los problemas particulares en los individuos y en la sociedad. Como el médico, el psicólogo ha de practicar un arte de sólido basamento empírico; va a interpretar y aplicar lo que sabe y ha aprendido con maestros responsables.

¿Cómo formar ese profesional, el "homo psychologicus" de la sociedad actual? ¿Cómo definir esta nueva silueta, al lado del arquitecto y el abogado, el sacerdote o el soldado? El padre Gemelli, ya desaparecido, sostenía que para ser un buen psicólogo se necesitaba haber cursado estudios universitarios de Medicina. Su opinión puede resumirse así: "Durante el curso universitario de Medicina, el joven adquiere la formación biológica, el manejo de las leyes científicas. No basta seguir el Profesorado o la Licenciatura en Ciencias Biológicas, estudios que conducen a una formación meramente naturalista y no proporcionan al estudiante lo que la Medicina da: el acceso al conocimiento del Hombre. La Medicina es sobre todo indispensable para el psicólogo que apunta a la Psicología Clínica y a la Psicoterapia. Aun es indispensable para quien se dedica a la Psicología Industrial. Si el médico que ahora sale de las universidades sabe poco a nada de Psicología, posee en cambio una base anatómofisiológica que lo capacita para una ulterior formación psicológica". Y agregaba Gemelli: "Pero el joven médico que se dedica al estudio de la Psicología debe superar una crisis para llegar a alcanzar la mentalidad psicológica". El razonamiento de Gemelli sobre la formación médica del psicólogo no tiene tanto valor cuando se piensa en psicólogos que se dedican a problemas escolares o de orientación profesional. La sociedad de nuestros días reclama y necesita el psicólogo de formación universitaria, no el mero aplicador de tests; un universitario de formación biológica, con agudo espíritu crítico para enfrentar tantas escuelas sin base empírica (pienso en el Psicoanálisis y sus escuelas derivadas), con amplia base de Humanidades y suficiente experiencia personal, sea médico o no lo sea (aunque los estudios médicos previos dan la máxima garantía de eficiencia). Cuando se habla de "homo psychologicus" se piensa en el profesional así formado. Lo mismo que cuando se habla del médico, se está descartando al curandero o al enfermero que aplica inyecciones.

EL PSICÓLOGO CONTRA EL MÉDICO

El primer conflicto serio provocado en todos los países en que el psicólogo profesional ha comenzado a actuar, es el conflicto de jurisdicciones con los médicos; con los médicos psiquiatras, por supuesto. Y no se trata de problemas

científicos sino ásperamente profesionales, comerciales, si se quiere. (Entiéndase bien: comprar un tarro de aceite o un traje de medida no es lo mismo que pagar los honorarios de un médico o el informe de un psicólogo. Empleo la palabra "comerciales" para hacerme entender rápido).

El médico psiquiatra ha presenciado con inquietud la penetración del psicólogo en determinados casos de su clientela; primero, en los trastornos de conducta en los niños; luego, en las neurosis y' psicosis de los adultos. De allí al desembozado ejercicio de la Psiquiatría no hay más que un paso. Si se piensa que hace más de medio siglo que las principales universidades americanas dan título profesional a los psicólogos, se comprenderá como el problema no es de estos años. Se ha hecho tangible a partir de su repetición en los demás países civilizados.

La discusión se torna candente cuando se toca el tema de la Psicoterapia. Que tampoco es problema de ahora. Hace ya muchos años que Freud, desencantado de los médicos, sus hostiles colegas, se declaró partidario del ejercicio del Psicoanálisis por los no médicos, los profanos, que se demostraban capaces de asimilar la teoría y las normas prácticas del tratamiento psicoanalítico. Todavía en muchos países los psicoanalistas no médicos pueden ejercer libremente su profesión. (El nuestro está entre ellos). En algunos países europeos comienza a acentuarse la reacción contra esta política de manga ancha que ha dado lugar a previsibles abusos; pero, la verdad, no hay uniformidad de esa reacción en todas partes.

Hay un punto inatacable en la resistencia de los médicos a permitir la entrada de estos intrusos: es la existencia de la responsabilidad médica. El psicólogo no está vinculado por ningún juramento hipocrático al ejercicio de su profesión. El médico, sí; y debe responder ante la justicia, llegado el caso, por los errores cometidos, que pueden acarrear daños considerables o la muerte de su enfermo. Una resolución inconsulta de la Universidad de La Plata, destinada a facilitar el ejercicio de la profesión a los futuros psicólogos que egresen de sus aulas, los autoriza a "ejercer la psicoterapia por medios verbales". ¿Habrán pensado las autoridades de esa casa de estudios que un psicólogo inexperto (y a quien no obliga ningún juramento médico) puede provocar el suicidio de un deprimido ansioso por una conducta terapéutica mal conducida? ¿Habrán pensado lo que puede ocurrir en el seno de una familia, uno de cuyos miembros presenta trastornos de conducta, con la entrada de una psicóloga improvisada (eso ocurre todos los días entre nosotros), sin la debida experiencia para afrontar situaciones psicosociales complejas y que ponen a prueba a los médicos más fogueados? En esas circunstancias, hemos visto producirse divorcios y acentuarse crueles disensiones familiares; niños se han fugado de sus hogares, después de escuchar palabras imprudentes o consejos librescos mal explicados a los interesados. Pero la falta de responsabilidad de los psicólogos de pacotilla no se detiene allí. Con la introducción de las técnicas de psicoterapia a psicosis, antes consideradas inalcanzables por esos medios, aquí, en nuestro país, los médicos han encontrado un filón útil. Si algunos médicos han exagerado (en otras partes del mundo lo mismo que aquí) su audacia y no siempre con resultados positivos (eso corre por cuenta de su responsabilidad), los improvisados psicólogos han ido más allá, con riesgo para todo el mundo.

Hace tiempo encontré caminando por las calles de Buenos Aires a un peligroso alienado que conocía, acompañado por un psicólogo que de los tests había pasado al ejercicio de la Medicina e intentaba iniciar con él algún nuevo tratamiento... Situaciones como esa provocan no sólo la alarma sino a la indignación de los psiquiatras. Y no son excepcionales en nuestro medio, a pesar de que hasta ahora no ha egresado ningún psicólogo de las universidades argentinas.¹

Éste es un error que conviene destruir desde el principio. Nadie que no sea médico tiene derecho a curar, con medios físicos o con medios psicológicos. Si el médico estudia Psicología, mejor para él. Tendrá la autoridad máxima para ejercer la Psiquiatría. Pero el psicólogo no es médico. Y carece de autoridad científica y profesional para "ejercer la psicoterapia por medios verbales", según el erróneo concepto sancionado por la Universidad de La Plata. La labor del psicólogo es otra. Y será enormemente útil en la sociedad contemporánea. Esto lo analizaremos más adelante.

EL PSICÓLOGO, ALIADO DEL MÉDICO

Se ha podido creer en algún momento, recordando los conflictos suscitados entre los médicos y los psicólogos, que existen entre ellos incompatibilidades insolubles. Y esto es un lamentable error. Pues ha sido el médico precisamente quien ha propuesto la creación de la nueva especialidad, quien ha reclamado la presencia de un auxiliar que haga más firme su diagnóstico, más preciso su tratamiento. En otra oportunidad recordamos cómo en algunos países -esperemos que el nuestro no sea uno de ellos- la presencia del psicólogo ha motivado celos, susceptibilidades, agrias discusiones. Tratemos de poner claridad en esta situación. Nadie gana prolongando una situación que perjudica a todos.

Pero lo que aquí digamos en adelante no toca sino tangencialmente a la situación entre nosotros. La asistencia psiquiátrica argentina -secreto a voces- es un pavoroso problema, algo que nos avergüenza y que tratamos de ocultar en presencia de los extranjeros. Una combinación de desidia, de desaliento, de irresponsabilidad y de ignorancia. El empuje de quienes trataron, después de la Revolución Libertadora, de convencer a los poderes públicos parece haberse agotado, ante la muralla levantada por la indiferencia. Soluciones que resultaban salvadoras -como el traslado del Hospital Neuropsiquiátrico a un lugar fuera de Buenos Aires- fueron descartadas. Las actuales salas asistenciales, en su inmensa mayoría escasas y pésimamente dotadas, continúan sin médicos ni enfermeros, repletas de pacientes. Todos los adelantos de la asistencia psiquiátrica en estos últimos cincuenta años están ausentes de ellas; o no pasan, cuando existen, de iniciativas personales, obra de médicos jóvenes, no conformistas, verdaderos héroes que gastan los últimos cartuchos antes de abandonar una lucha estéril. En estas condiciones, la presencia del psicólogo, el lujo de el diagnóstico preciso que implica, entre otras cosas, su cooperación, parecen descuidables. (Más valiera luchar para que nuestros alienados, por lo menos, estén bien alimentados y vestidos, y que cada cual cuente con cama

donde dormir. Y esto ya es mucho). Pongámonos en el mejor de los casos y esperemos que algún día el alienado argentino tenga al lado del psiquiatra, el psicólogo. ¿Cuál será su tarea?

Lo primero que tuvieron que hacer los psicólogos fue aplicar los tests a los enfermos, trabajo que no siempre tiene tiempo de hacer el psiquiatra. Y, para comenzar, los tests de nivel mental, la evaluación en cantidad de las funciones intelectuales, la memoria, el juicio, el capital adquirido por la educación, el vocabulario, su conducta en tareas ordenadas dentro de tiempos prefijados, su aptitud para concebir totalidades. Como las disminuciones intelectuales, congénitas o adquiridas, se dan en mucha parte de los enfermos, se comprende la importancia de la tarea. De una mayor complejidad y responsabilidad son los tests proyectivos que, diestramente aplicados e interpretados, pueden arrojar luces decisivas sobre la personalidad estudiada. Considerando además los antecedentes y las reacciones durante el interrogatorio, un psicólogo sagaz puede poner a punto una completa historia psicológica de inapreciable valor para el médico, más si se la completa con informaciones provenientes de familiares y allegados. En los grandes institutos norteamericanos, el "staff" (estado mayor) de una sala psiquiátrica, incluye obligadamente al psicólogo, junto al clínico general y a otros auxiliares como el neurocirujano, el radiólogo, etc. Se comprende así cuán agudo y preciso resultará el diagnóstico, cuán acertado el pronóstico y cuán adecuada la terapéutica.

La mayor parte de los métodos auxiliares de tratamiento (terapia por el trabajo, por el arte, por ejemplo) están allá en manos de psicólogos de ambos sexos, profundamente identificados con los psiquiatras. El psicopsicológico, por su parte, tiene un lugar reservado en el estudio de las dolencias donde los factores sociales resultan llamativos: alcoholismo y otras toxicomanías, fricciones raciales o laborales, y otras fricciones dependientes de la estructura económica o política de la colectividad. Traslade el lector desde la clínica de adultos a la clínica psiquiátrica infantil esta múltiple y compleja labor y comprenderá las obligaciones que aguardan al psicólogo si coopera con el médico. Y nada digo si colabora con él en los servicios abiertos para neuróticos, en directo contacto con la normalidad cotidiana y con sus problemas. O cuando dirige y coordina la labor de las visitadoras sociales, que estudian las perturbaciones mentales en los lugares mismos donde se originan.

Como auxiliar del médico, el psicólogo debe cumplir una misión propia; y asombra oír que se haya pensado en complicarla aún más, sustituyendo a quien debe secundar. Mientras dirigí el Departamento de Psicología de la Universidad, intenté explicar a los alumnos la tarea meritísima que deberán desempeñar cuando se gradúen, si se dedican a la Psicología Clínica que, hay que recordarlo, es apenas una provincia de la Psicología Aplicada. No creo haberlo conseguido. Todavía hay allí profesores demagogos de ambos sexos (funestas consecuencias de un régimen ya anticuado de gobierno) que engañan a los inocentes alumnos con una ilusoria profesión rival de la Medicina, que les permitirá "ejercer", curando neuróticos y psicóticos, mediante la "psicoterapia por medios verbales", según reza la peregrina disposición de la Universidad de La Plata.

* Extraído de Victoria, Marcos (1965) *Psicología para todos*. Buenos Aires: Losada (pp. 19-31). Se trata de tres breves artículos publicados en *La Razón* durante 1960, titulados: “¿Qué es un psicólogo?”, “El psicólogo contra el médico” y “El psicólogo aliado del médico”.

¹ Esta afirmación no vale en 1964; pero aún ahora el problema deontológico continúa sin solución.